



San Maximiliano María Kolbe

Maximiliano María Kolbe nació en Polonia el 8 de enero de 1894 en la ciudad de Zdunska Wola, que en ese entonces se hallaba ocupada por Rusia. Fue bautizado con el nombre de Raimundo en la iglesia parroquial. Sus padres Don Julio y Doña María Dabrowska, modestos tejedores y pertenecientes a la Tercera Orden Franciscana, inculcaban a sus hijos una especial devoción a la Virgen y cada año iban a visitarla al santuario mariano de Jasna Gora en Czestochowa. San Francisco de Asís era el ideal en el que los jóvenes crecieron. Maximiliano deseaba desbordar de alegría como San Francisco. Muy cerca de Lodz, surgió un convento franciscano con una iglesia dedicada a San Antonio de Padua. Un día durante la homilía, Raimundo y Francisco (su hermano), escucharon la noticia de la apertura de un seminario franciscano para quienes quisieran seguir los pasos de San Francisco de Asís, noticia que escucharon con mucho interés. Así el 1 de Octubre de 1907, partió para Polonia austriaca con su hermano y después de tres años (con trece) inició el noviciado con los Franciscanos Menores Conventuales. Tuvo que interrumpir sus estudios secundarios por motivos económicos, pero un vecino farmacéuta, Don Kotowski, le ayudó con algún dinero y algunas clases particulares para que no se atrasara en sus estudios. Más tarde el 5 de Septiembre de 1911 el joven Raimundo tomó el nombre de Fr. Maximiliano María Kolbe y emitió su profesión simple bajo

la Regla de San Francisco con apenas 17 años de edad. En 1912 partió para Roma, donde prosiguió los estudios de filosofía y teología hasta 1919, año en que fue ordenado sacerdote.

Devoto de la Inmaculada Concepción, pensaba que la Iglesia debía ser militante en su colaboración con la Gracia divina para el avance de la fe católica. Movidado por esta devoción y convicción, fundó en 1917 un movimiento llamado «La Milicia de la Inmaculada» cuyos miembros se consagrarían a la bienaventurada Virgen María y tendrían el objetivo de luchar mediante todos los medios moralmente válidos, por la construcción del Reino de Dios en todo el mundo. En palabras del propio San Maximiliano, el movimiento tendría: «una visión global de la vida católica bajo una nueva forma, que consiste en la unión con la Inmaculada». El P. Kolbe, aún joven, poseía ya los trazos luminosos y decisivos de su carácter. Le apremiaba ya la audacia sorprendente de los humildes, que se apoyan únicamente en Dios y en la Inmaculada: «Con la ayuda de la Inmaculada te vencerás a ti mismo y contribuirás muchísimo a la salvación de las almas. Déjate conducir por sus manos inmaculadas; sé su instrumento; hasta hoy nadie ha acudido a Ella inútilmente. Confíale todas tus empresas y se dignará obrar. La victoria es segura en sus manos inmaculadas. La vida externa, de apostolado, es fruto de la vida interior. Confía sin medida en la protección de la Inmaculada...». Verdadero apóstol moderno, inició la publicación de la revista mensual *Caballero de la Inmaculada*, orientada a promover el conocimiento, el amor y el servicio a la Virgen María en la tarea de convertir almas para Cristo. Con una tirada de 500 ejemplares en 1922, en 1939 alcanzaría cerca del millón de ejemplares. En 1929 funda la primera «Ciudad de la Inmaculada» en el convento franciscano de Niepokalanów a 40 kilómetros de Varsovia, que con el paso del tiempo se convertiría en una ciudad consagrada a la Virgen y, en palabras de San Maximiliano, dedicada a «conquistar todo el mundo, todas las almas, para Cristo, para la Inmaculada, usando todos los medios lícitos, todos los descubrimientos tecnológicos, especialmente en el ámbito de las comunicaciones».

En 1931, después de que el Papa solicitara misioneros, se ofreció como voluntario y viajó a Japón en donde fundó una nueva ciudad de la Inmaculada («Mugen-zai No Sono») y publicó la revista *Caballero de la Inmaculada* en japonés («Seibo No Kishi»). En 1936 regresó a Polonia como director espiritual de Niepokalanów. Solo tenía 25 años, pero intelectual, moral y espiritualmente, era un hombre cabal. Con todo, tenía mala salud: sus pulmones están lesionados por la tuberculosis. «Ha vuelto enfermizo,

débil, sin dar grandes esperanzas de trabajo» escribió el P. Kubit. Pero había vuelto con una fuerza espiritual extraordinaria.

En septiembre de 1939 estalló la Segunda Guerra mundial. Sangre, muerte, destrucción, crueldad, odio, bestialidad e infamia sin fin. Los nazis, llenos de soberbia, invadieron Polonia. En pocas semanas, el ejército y toda la nación polaca sufrieron la humillación de la derrota. Quedaron completamente subyugados. El 19 de ese mismo mes llegó la Gestapo a la ciudad y lo arrestaron junto a sus hermanos de comunidad, los elementos editoriales y la emisora que ya se tenía, pero tres meses después el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, fueron inexplicablemente liberados, aunque no por mucho tiempo. El 17 de febrero de 1941, el futuro mártir fue arrestado nuevamente y encerrado en la prisión de Pawiak de Varsovia. A fines de mayo se le internó en el campo de concentración de Oswiecim (Auschwitz). En Auschwitz murieron millones de católicos y también, como es sabido, millones de judíos.

En Auschwitz, el régimen nazi buscaba despojar a los prisioneros de toda huella de personalidad tratándolos de manera inhumana e impersonal, como un simple número: a San Maximiliano le asignaron el 16670. A pesar de todo, durante su estancia en el campo nunca le abandonaron su generosidad y su preocupación por los demás, así como su deseo de mantener la dignidad de sus compañeros. La noche del 3 de agosto de 1941, un prisionero de la misma sección a la que estaba asignado San Maximiliano escapó. En represalia, el comandante del campo ordenó escoger a diez prisioneros al azar para ser ejecutados. Entre los hombres escogidos estaba el sargento Franciszek Gajowniczek, polaco como San Maximiliano, casado y con cinco hijos. San Maximiliano, que no se encontraba entre los diez prisioneros escogidos, declarándose sacerdote católico, se ofreció a morir en su lugar. El comandante del campo aceptó el cambio, y San Maximiliano fue condenado a morir de hambre junto con los otros nueve prisioneros. Diez días después de su condena y al encontrarlo todavía vivo, los nazis le administraron una inyección letal de ácido muriático el 14 de agosto de 1941.

Fue así como San Maximiliano María Kolbe, en medio de la más terrible adversidad, dio testimonio y ejemplo de dignidad. En un ambiente, de brutalidad extrema, donde nadie daba a otro un trozo de pan, ofreció su vida por la de un padre de familia. El que alguien diera la vida por otro desconocido produjo una profunda impresión a todos. Caminó a la horrible muerte, de larguísima agonía, cantando salmos y a todos sus compañeros de celda les ofreció los últimos sacramentos. Al igual que el centurión ante

Jesús en la Cruz, sus guardianes reconocieron estar ante un hombre, no solo inocente, sino excepcional.

Con motivo de los veinte años de la canonización del padre Maximiliano Kolbe (10 de octubre de 1982), los Frailes Menores Conventuales de Polonia abrieron el archivo de Niepokalanow (Ciudad de la Inmaculada, a 50 kilómetros de Varsovia), construido por el mismo mártir de Auschwitz. Entre los manuscritos del santo, destaca la última carta que escribió y que acaba con besos a su madre. Una carta que refleja una ternura que no aparecía en otros escritos, y que hace pensar que el sacrificio con el que ofreció la vida voluntariamente en sustitución de un condenado a muerte fue algo que maduró a lo largo de su vida. Este es el texto del escrito: «Querida madre, hacia finales de mayo llegué junto con un convoy ferroviario al campo de concentración de Auschwitz. En cuanto a mí, todo va bien, querida madre. Puedes estar tranquila por mí y por mi salud, porque el buen Dios está en todas partes y piensa con gran amor en todos y en todo. Será mejor que no me escribas antes de que yo te mande otra carta porque no sé cuánto tiempo estaré aquí. Con cordiales saludos y besos, Raimundo Kolbe». Juan Pablo II, un año después de su elección, de visita en Auschwitz, dijo: «Maximiliano Kolbe hizo como Jesús, no sufrió la muerte sino que donó la vida». La expresión remite a unas palabras escritas por el padre Kolbe unas semanas antes de que los nazis invadieran Polonia (1 de septiembre de 1939): «Sufrir, trabajar y morir como caballeros, no con una muerte normal sino, por ejemplo, con una bala en la cabeza, sellando nuestro amor a la Inmaculada, derramando como auténtico caballero la propia sangre hasta la última gota, para apresurar la conquista del mundo entero para Ella. No conozco nada más sublime».

En 1973 Pablo VI lo beatificó y en 1982 Juan Pablo II lo canonizó como Mártir de la Caridad prescindiendo de los dos milagros exigibles. ¿Qué mayor milagro que el de su gesto? San Maximiliano nos legó su concepción de la Iglesia militante y en febril actividad para la construcción del Reino de Dios. Actualmente siguen vivas obras inspiradas por él, tales como: los institutos religiosos de los frailes franciscanos de la Inmaculada, las hermanas franciscanas de la Inmaculada, así como otros movimientos consagrados a la Inmaculada Concepción. Pero, sobre todo, San Maximiliano nos legó un maravilloso ejemplo de amor por Dios y por los demás.

La persona puede usar dos lenguajes: el de la vida y el de la lengua. Solo uno es siempre verdad y ese es el de la vida. Cuando los cristianos nos proponemos evangelizar nos quejamos de la dureza del ambiente

olvidándonos muchas veces de que hay algunas cosas que siembran el interrogante irresistible. Una de ellas es la vida de los santos. Pero también a nosotros, que nos decimos cristianos, la vida de los santos nos dejan sin palabras ante todas las excusas que permanentemente agitamos y es que con ellos descubrimos que por seguir a Jesús el cansancio no era problema, la familia no era un obstáculo, la salud, etc. Hay vidas que demuestran que todo pasa a ocupar los últimos lugares porque primero está Cristo. Los santos nos dejan sin justificaciones.

De sus escritos . . .

«El odio destruye, sólo el amor crea. Ante todo, dedícate por entero a ti mismo y así, por la sobreabundancia de la plenitud, podrás darte totalmente en sacrificio a los demás. La vida huye rápidamente, ni un segundo regresa. Esforcémonos por dar las mayores muestras posibles de amor»

«Nada para sí, todo para la Inmaculada. Confía sin medida en su protección. Todo por María. En cualquier lugar se encuentre, el cristiano que ama verdaderamente a la Inmaculada, transmite ese amor al ambiente que lo rodea»

«No se puede olvidar que bajo el sol no existen sólo Polonia o Japón, sino que un gran número de corazones laten mas allá de estos confines. Con la Palabra, el ejemplo, la prensa, la radio, la pintura, la escultura, la música, etc. se debe decir a todos quién es la Inmaculada y cómo Ella, en las circunstancias concretas de la vida actual habría pensado, hablado, y actuado para alimentar sobre la tierra el amor a su hijo Jesús».

«La Inmaculada: éste es nuestro Ideal. Acercarnos a Ella, asemejarnos a Ella, dejarla que se adueñe de nuestro corazón y de nuestro ser; que Ella misma ame a Dios con nuestro corazón, para pertenecerle totalmente: ¡Este es nuestro Ideal! Irradiar la presencia de la Inmaculada en nuestro ambiente; hacer que Ella reine en todos y en todo lugar, si distinción de raza, de nacionalidad, de idiomas; en el corazón de todos los hombres que viven y vivirán hasta el fin del mundo: ¡Este es nuestro Ideal! Que Su vida crezca en todos los corazones para siempre: ¡Este es nuestro Ideal!»



Mary McEvoy Kelly

Album fotográfico

